

Sustituyendo ahora en lugar de este término su equivalente «el mismo diablo,» viene á quedar probada la exactitud de la máxima del teólogo.

Pero de este modo se infiere un gravísimo cargo á las mujeres; pues no es lo mismo decir que «son el diablo,» que «el diablo es la mujer;» y apelo en testimonio á la gramática.

Buscando un término medio á estas combinaciones diabólicas, he llegado yo á creer que el teólogo citó al diablo por dar alguna forma decente á las *tentaciones*.

Por lo que hace á éstas, los mismos que no creen en brujas y se ríen del diablo, no se atreverán á negar que tienen en el baile la mejor parte.—Yo las he *visto*, y no soy escrupuloso ni aprensivo.

Pero sean las tentaciones ó el diablo el centro abominable del baile, según el consabido teólogo, conste que he querido comprobar su máxima para que no se me diga que la acepto por sistema; porque yo la acepto... *Ergo*, detesto el baile.

Y ya que la solté, voy á justificar á mis propios ojos esta opinión, que á los de la flamante *filosofía* no pasa de ser una ridícula debilidad.

—«La mujer baila como toca el piano, hace *puntillas* ó va de *tiendas*.»

Tal es la opinión general, aun entre los padres más *celosos* y los maridos más avisados.

Yo opinaría como ellos, si la mujer bailase sola, ó con otra mujer y ante un círculo de mujeres; entonces, á todo tirar, podría el más malicioso atribuirle un poquillo de afán por lucir su garbo, su ligereza ó sus formas; pero la mujer no baila sola ni con otra mujer; sino con un hombre y ante un concurso de hombres.

Si la mujer bailase sólo por el gusto de dar brincos, no sería el baile su placer favorito; tendría igual afición que á él á jugar al marro, ó á la pelota, ó á saltar la cuerda; placeres que, en cuanto á ejercicio muscular, nada tienen que pedir á ningún otro; y no sucede así.

La historia de la mujer civilizada dice bien claro que sólo se descomponen en público, sólo marchita sin duelo sus adornos, y sólo es insensible á la acción de la intemperie y de los pisotones y